

## EL ANUNCIO DEL CASAMIENTO

No se comenzó á hablar del casamiento del emperador hasta después del baile de las Tullerías. La marquesa de Contades (hoy condesa de Beaulaincourt) escribía á su padre, el mariscal de Castellane, con fecha 16 de enero de 1853: «Sin duda habrá llegado á vuestros oídos, aunque os halléis lejos, el eco de los rumores de París, donde no se habla más que del casamiento del emperador con la señorita de Montijo. Pues bien: dicho sea entre nosotros, esto podría suceder. El emperador siente por ella la más viva pasión, y me parece que toma la cosa muy por lo serio; pero ella se porta con reserva y dignidad. Desde el punto de vista político, este casamiento presenta al pronto inconvenientes; pero si no se efectúa, es más que probable que el emperador no se casará nunca, puesto que su repugnancia al matrimonio se ha demostrado bien claramente hasta ahora, sin contar que antiguas *cadena*s inglesas, muy próximas á él aún y que atemorizan á los que le aman, podrían sujetarle todavía.» La marquesa de Contades añadía, refiriéndose á la señorita de Montijo: «Esta joven es muy linda, buena y de talento; yo creo que tiene además mucha energía y nobleza de alma; la he visto con frecuencia en estos últimos tiempos, y no he observado en ella más que buenas cualidades.»

Al mismo tiempo, la otra hija del mariscal de Castellane, la condesa de Hatzfeld, esposa del ministro de Prusia en París, escribía á su padre: «Se habla en la ciudad del casamiento del emperador con la señorita de Montijo; pero esta noticia necesita confirmación. Si es cierto, por lo menos tendrá una mujer muy hermosa, lo cual vale algo para él.»

El mariscal, que mandaba entonces el ejército de Lyon, contestaba: «Por lo que á mí hace, me regocijo de ello. Bien pensé yo, cuando su señora madre me la trajo á Perpignan, el 29 de julio de 1834, cogida de la mano con su hermana, pues la condesa tenía dos hijas y un hijo llamado Paco, que tal vez fuera algún día emperatriz de los franceses. Entonces dí á la condesa de Montijo, que huía de España, cartas de recomendación para nuestros parientes de Tolosa. Según veo por mis notas de aquel tiempo, era mujer de treinta á treinta y cinco años, alta, bien parecida aún, y con un talento notable. Cuando volví á ver á la señora de Montijo en 1849, con su hija Eugenia, se mostró muy amable conmigo. El emperador tendrá en la señorita de Montijo una mujer muy hermosa, de ta-

lento y creo que también muy buena, y su madre habrá realizado un dulce sueño.»

Los rumores relativos al casamiento del emperador no merecían aún crédito para muchos, cuando aparecieron en el *Moniteur* del 19 de enero de 1853 las líneas siguientes: «La mesa del Senado, la mesa del Cuerpo legislativo y los señores que constituyen el Consejo de Estado se reunirán el sábado en las Tullerías á fin de recibir una comunicación del emperador relativa á su casamiento. Los señores senadores y los individuos del Cuerpo legislativo podrán reunirse con sus colegas.» Desde este momento se supo en todo París que Napoleón III era prometido de la señorita Eugenia de Montijo, condesa de Teba. La noticia produjo sorpresa; pero las personas de corazón, en general, acogieronla con simpatía y apreciaron los sentimientos nobles y caballerescos que habían inspirado al emperador su resolución. Si hubo críticas, fué de parte de algunos hombres de Estado que hubieran querido para Napoleón III una princesa de sangre real ó imperial. Las críticas procedían particularmente de un reducido número de mujeres coquetas y ambiciosas, que muy envidiosas ya de la sorprendente hermosura de la señorita de Montijo, no la veían sin despecho elevarse á la más alta dignidad; pero estas murmuraciones fueron sofocadas por la poderosa voz de las masas, dominadas siempre por las ideas que nacen del corazón, y el discurso pronunciado por el emperador hirió la fibra popular. Este discurso, á la vez razonado y sentimental, lleno de ideas familiares y de aspiraciones caballerescas, sedujo á la nación francesa y tuvo en el mundo entero una inmensa resonancia.

El sábado 22 de enero, á mediodía, los tres grandes cuerpos constituidos se hallaban en las Tullerías, en la sala del Trono, para oír la comunicación que el soberano debía notificarles. El emperador, de pie delante del trono, teniendo á su derecha al rey Jerónimo y á su izquierda al príncipe Napoleón, leyó el discurso siguiente con voz acentuada y vibrante:

«Señores: Cumplo con el deseo tan á menudo manifestado por el país al presentarme á vosotros para anunciaros mi casamiento.

»La unión que contraigo no está de acuerdo con las tradiciones de la antigua política, y en esto se halla su ventaja. (*Sensación.*)

»Por sus revoluciones sucesivas, Francia se ha separado siempre bruscamente del resto de Europa, y todo gobierno sensato debe procurar que vuelva otra vez al gremio de las antiguas monarquías; pero este resultado se alcanzará mucho más positivamente por una política recta y franca y por la lealtad de las transacciones, que no por alianzas reales que, creando falsas seguridades, sustituyen con frecuencia el interés de la familia al interés nacional. Además, los ejemplos de las épocas pasadas han dejado en el ánimo del pueblo creencias supersticiosas; éste no ha olvidado que desde hace setenta años las princesas extranjeras no franquearon las gradas del trono sino para ver su raza dispersa ó desterrada por la guerra ó por la revolución. (*Sensación profunda.*) Solamente una mujer llevó al parecer la felicidad y vivió más que las otras en el recuerdo del pueblo, y esta

mujer, esposa modesta y fiel del general Bonaparte, no era de estirpe real.» Este tributo que el soberano rendía á la memoria de su abuela, la emperatriz Josefina, fué acogido con aplausos y *vivas* al emperador.

«Sin embargo, preciso es reconocer, añadió el soberano, que el casamiento de Napoleón I, en 1810, con María Luisa fué un gran acontecimiento: era una garantía para el porvenir, una verdadera satisfacción para el orgullo nacional, puesto que se veía á la antigua é ilustre casa de Austria, que tanto tiempo nos hizo la guerra, solicitar la alianza del jefe elegido de un gran imperio.» Había mucho tacto en esta alusión á la emperatriz María Luisa; pero la que el soberano hizo después respecto á la princesa Elena de Mecklemburgo-Sckwerin, viuda del duque de Orleáns, fué tal vez menos oportuna. «Bajo el último reinado, por el contrario, dijo, ¿no debió resentirse el amor propio del país cuando el heredero de la corona solicitó infructuosamente durante algunos años la alianza de una casa soberana y obtuvo al fin una princesa, muy cumplida sin duda, pero solamente de categoría secundaria y de otra religión?» Muchas personas pensaron que mejor hubiera sido para Napoleón III no hablar de una princesa desgraciada que, viva aún, sufría un injusto destierro.

En cambio, el siguiente pasaje fué acogido con entusiasmo: «Cuando á la faz de la vieja Europa se ve uno conducido por la fuerza de un nuevo principio á la altura de las antiguas dinastías, no nos hacemos aceptar envejeciendo nuestro blasón y procurando introducirnos á toda costa en la familia de los reyes, sino más bien recordando siempre nuestro origen, conservando el carácter propio y adoptando francamente respecto á Europa la posición de intruso, título glorioso cuando se alcanza por el sufragio de un gran pueblo. (*Unánimes aplausos.*)

»Así, pues, obligado á separarme de los precedentes seguidos hasta hoy, mi casamiento no era ya más que un asunto privado, y solamente faltaba elegir la persona.»

Aquí el emperador expresó con emoción toda la ternura que le inspiraba su prometida. «La que ha llegado á ser objeto de mi preferencia, dijo, es de elevada cuna. Francesa por el corazón, por la educación y por el recuerdo de la sangre que su padre derramó en favor de la causa del Imperio, tiene, como española, la ventaja de no contar en Francia con familia alguna á la cual se debieran conferir honores y dignidades. Dotada de un alma noble y generosa, será ornamento del trono, así como en el día de peligro se tendría en ella uno de sus más valiosos apoyos. Católica y piadosa, elevará al cielo las mismas oraciones que yo para la felicidad de Francia; y tan bondadosa como buena, hará revivir en la misma posición, seguro estoy de ello, las virtudes de la emperatriz Josefina.»

Felizmente para Napoleón III, la emperatriz Eugenia fué mucho más virtuosa que Josefina. Se dispensó á un nieto que elogiara, tal vez con exageración, á una abuela que, á pesar de sus excelentes cualidades, no tenía todas las «virtu-

des,» y la frase relativa á la primera mujer de Napoleón I fué saludada con aplausos.

El emperador terminó su discurso con estas palabras, en alto grado elocuentes: «Vengo, pues, señores, á decir á Francia: He preferido una mujer á quien amo y respeto, á otra desconocida, cuya alianza hubiera ofrecido ventajas mezcladas con sacrificios. Sin manifestar desdén á nadie, cedo á mi inclinación; pero no sin haber consultado antes mi razón y mis convicciones. En fin, anteponiendo á las preocupaciones dinásticas la independencia, las cualidades del corazón y la felicidad de la familia, no seré menos fuerte, puesto que seré más libre. Muy pronto, al dirigirme á la catedral de Nuestra Señora, presentaré la emperatriz al pueblo y al ejército; la confianza que en mí tienen asegura su simpatía á la que yo elegí; y vosotros, señores, cuando lleguéis á conocerla, quedaréis convencidos de que esta vez también me ha inspirado la Providencia.»

Raro es que las palabras que salen del corazón no conmuevan á un auditorio. Cuando el emperador terminó su discurso, resonaron unánimes y sinceras aclamaciones.

Durante algunos días, el próximo casamiento del soberano fué en París asunto de todas las conversaciones. En la *Revista de Ambos Mundos*, M. de Mazade resumió muy bien la impresión general en estas líneas: «Hay acontecimientos que, apenas se producen, tienen el singular privilegio de eclipsar á todos los demás, distrayendo de las preocupaciones políticas, aunque relacionándose con el curso general de las cosas. Se habla de ellos, se comentan, y llegan á ser algunos días el inagotable alimento de las conversaciones. Esto se explica sin duda por la trascendencia que tienen, y también porque hieren la imaginación de un modo ú otro; la imaginación, que ha tenido tan gran importancia en nuestra historia.... El matrimonio del emperador es seguramente uno de esos acontecimientos. Pocos días hace, nada se hablaba aún del asunto. El emperador ha procedido como lo hace con frecuencia, sorprendiendo á los que debían ó podían estar más prevenidos, desconcertándolos quizás, así por lo rápido de sus resoluciones como por lo secreto de sus deliberaciones íntimas, y elevando de pronto, por el hecho de su situación, un acto privado de su voluntad á la altura de un acontecimiento político. Una nueva vía se abre para la brillante española, asociada ahora con el Imperio, y esta nueva vía está abierta igualmente para toda la sociedad francesa.»

Apenas el emperador hubo puesto en conocimiento de los grandes cuerpos del Estado su próximo matrimonio, la señora de Montijo y su hija abandonaron su alojamiento de la plaza Vendome é instaláronse por algunos días en el palacio del Elíseo, donde debían permanecer hasta el domingo, 30 de enero, fecha señalada para la celebración del matrimonio religioso en Nuestra Señora. El emperador hizo hasta entonces visitas cotidianas al Elíseo para hacer la corte á su prometida y llevarla ramos. Los recuerdos históricos que se relacionan con este palacio encantador no eran todos de buen agüero: del Elíseo salió Napo-

león para ir á Waterloo; al Elíseo volvió para firmar, en medio de las más crueles angustias, su segunda abdicación; y del Elíseo salió también el duque de Berry, el 13 de febrero de 1820, para caer bajo el puñal de un asesino en el umbral del teatro de la Opera. Pero no se pensaba ya en estas páginas siniestras de la historia; la señorita de Montijo recordaba, sobre todo, que desde 1848 el palacio del Elíseo había deparado venturas á su futuro; que allí se había instalado después de su elevación á la presidencia de la República, y que allí también, venciendo las mayores dificultades, había preparado el Imperio.

En el *Moniteur* del 27 de enero se leía: «Esta mañana, á las diez, monseñor el obispo de Nancy, capellán mayor del emperador, ha celebrado misa en la capilla del Elíseo en presencia de S. M. y de S. E. la condesa de Teba (es el nombre oficial que la señorita de Montijo usó desde el anuncio de sus desposorios hasta la celebración de su matrimonio). S. M. y S. E. la condesa de Teba han recibido la sagrada Comunión de manos de S. G.»

Napoleón III, á pesar de sus locuras de joven, había profesado siempre respeto á la religión y creía en las verdades cristianas. Como todos los hombres que se casan por inclinación, era sincero al prometer á Dios y á sí mismo ser siempre fiel á la compañera que su corazón había elegido, y quería ser tan buen esposo como buen hijo había sido. Teniendo la convicción de que la mayor felicidad de la vida es el amor legítimo compartido, daba gracias al cielo al ver que su futura le amaba y le comprendía. Jamás, en ninguna época de su existencia, se había creído tan feliz. En cuanto á la señorita de Montijo, conmovida al ver el afecto que inspiraba, asociábase con toda su alma á los sentimientos y á las esperanzas del emperador. Muy fiel á la Iglesia católica, deseaba ante todo que su esposo mereciese el nombre de «Majestad Cristianísima.»

En la víspera de subir al trono, la señorita de Montijo tuvo una inspiración caritativa que los parisienses le agradecieron. El 28 de enero, al abrirse la sesión del Consejo municipal, en el Hotel de Ville, el prefecto del Sena dió lectura de una carta que la futura emperatriz le había escrito apenas supo que, según acuerdo del Consejo, se le debía ofrecer un aderezo de brillantes. La carta estaba concebida así: «Señor prefecto: Mucho me ha conmovido saber el generoso acuerdo del Consejo municipal de París, que así manifiesta su simpática adhesión al matrimonio que el emperador contrae; pero también me causa penoso sentimiento pensar que el primer acto público relacionado con mi nombre en la hora del enlace haya de ser un gasto considerable para la ciudad de París. Permitidme, pues, no aceptar vuestro donativo, por lisonjero que para mí sea: me complaceríais mucho más empleando en obras de caridad la suma que habéis señalado para la compra del aderezo que el Consejo municipal deseaba ofrecerme. Deseo que mi unión no sea motivo de ningún nuevo gasto para el país á que perteneceré de aquí en adelante, y la única cosa que ambiciono es compartir con el soberano el amor y el aprecio del pueblo francés. Os ruego, señor prefecto, que os sirváis manifestar á vuestro Consejo toda mi gratitud, recibien-

do para vos la expresión de mis afectos más distinguidos. — EUGENIA, condesa de Teba. — Palacio del Elíseo, 26 enero de 1853.»

Conmovido por esta carta tan noble y sencilla, el Consejo municipal acordó por unanimidad que, á fin de conformarse con los deseos de la futura soberana, la suma de seiscientos mil francos destinada á comprar un aderezo para la condesa se emplease en la fundación de un establecimiento donde las jóvenes pobres recibieran una educación profesional, y de donde no saldrían sino para colocarse convenientemente. El establecimiento llevaría el nombre de la emperatriz y estaría bajo su protección.